

**V CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO
Y EVANGELIZACION DE AMERICA
CICLO DE CONFERENCIAS ORGANIZADO
POR LA FACULTAD DE MEDICINA DE
LA UNIVERSIDAD DEL SALVADOR**

PALABRAS DE APERTURA

Raúl A. Devoto

La Facultad de Medicina de la Universidad del Salvador ha querido asociarse a los actos que esta Universidad ha programado en conmemoración - y como festejo- de un acontecimiento que ha hecho de nuestra patria una nación civilizada "bajo el manto de María en el continente de la esperanza".

Con ese fin ha organizado este Ciclo de Conferencias que hoy comienza y con el que se pretende dar una idea sucinta de lo que España hizo en estas tierras en el campo de la Medicina, en épocas en que el arte y la compasión debieron suplir tantas veces las falencias de una ciencia en formación.

Pero hay, además, otra intención en la realización de este Ciclo: tributar un rendido homenaje a un hombre, a un sacerdote, a un soldado de la Compañía de Jesús que, como historiador, ha puesto en luz muchos e interesantes datos que han contribuido a esclarecer la verdadera historia de nuestra patria.

¿Quién no conoce al Padre Furlong, de cuyo nacimiento se cumple un siglo en este año de gracia de 1990?

Otras personas, con más méritos y más conocimientos que quien habla, han puesto y seguirán poniendo de manifiesto la polifacética figura del Padre Furlong. Hoy sólo quiero destacar su inquebrantable adhesión a los principios que inspiraron a Ignacio la Fundación de la Compañía de Jesús, su ansia irrefrenable de llevar almas al Señor y la infinita caridad -disfrazada a veces con un gesto adusto con que trataba a todos los que lo conocieron y en especial -puedo decirlo por propia experiencia- a quienes tuvimos la dicha y el honor de podernos considerar sus amigos.

La Patria está en deuda con este argentino de apellido inglés, la Iglesia le debe la vocación de muchos de sus sacerdotes. La Compañía de Jesús tiene en el Padre Furlong el ejemplo de quien, antes de nada, fue un verdadero

jesuita, de alguien para quien el lema de la Compañía, "Ad Majorem Dei Gloriam", se constituyó en el ideal de su vida. Al P. Furlong, pues, argentino, sacerdote, jesuita, historiador insigne, dedicamos este Ciclo de Conferencias con que esta Facultad ha querido recordar un acontecimiento crucial en la historia del mundo y en especial en la vida de este Continente.

Ha parecido oportuno a los organizadores de este ciclo, abrirlo con breves palabras de recordación de lo que debe la historia y en especial la historia americana y la de nuestro país a la nación española. Así lo hacemos ahora.

Y, en primer lugar: ¿qué es una Nación? ¿y qué es la Historia?

Cuando se dice que la Historia "tiene una dirección", actúa en determinada dirección, evidentemente la Historia es vista como algo distinto a la mera disciplina consistente en la búsqueda, recopilación, sistematización y narración de lo que los hombres han hecho en el transcurso del tiempo.

En ese caso la Historia es considerada como algo que pasa, que sucede, o que ha pasado y que probablemente seguirá sucediendo. Como algo que puede ser relatado y no como simple relato. Como algo sobre lo que se puede filosofar. Como algo que puede ser estudiado. En una palabra: como una realidad vital y no sólo como la narración de acontecimientos o actos que han acaecido o que están acaeciendo.

Cuando se trata de la Historia de los hombres, la Historia no es otra cosa que el conjunto, la secuencia y el desarrollo de esos mismos actos ejecutados a lo largo del tiempo, en todas las edades, por la humanidad entera. Ahora bien, como se trata de actos humanos, es decir realizados libre y responsablemente por los hombres, todos ellos persiguen finalidades que pueden ser (y lo son de hecho) distintas y hasta opuestas. Por eso no es posible sostener que la humanidad marcha en el sentido que señala, ineluctablemente, la historia.

Lo contrario es lo verdadero. El sentido de la Historia lo determinan los hombres. Los hombres, que al producir hechos y al reaccionar sobre ellos, - dice Zubiri- los transforman en **proyectos** dentro de los cuales los sucesos y los acontecimientos que los constituyen son factores de éxito o de fracaso.

Pero esos proyectos los determinan los hombres dibujando el cuadro que constituyen sus luchas y sus logros y sus derrotas dentro del plan en que, sin violentar la libertad de cada cual, Dios ha querido que los hombres labren sus destinos.

Un plan cuya finalidad última consiste en un aumento de Su gloria externa, alcanzada, -sépanlo o no lo sepan, quieranlo o no lo quieran los hombres- a través de la realización de los actos que dan origen a los sucesos y acontecimientos que constituyen la historia.

Por eso el sentido de la Historia lo determina la intención de lograr esa

finalidad. Por eso Dios es, en última instancia, el maestro y el dueño de la Historia.

Pero esa Historia la han hecho los hombres, no sólo de manera individual -la Historia no es una suma de biografías- sino entrañablemente ligados en unidades que, sin entrar en disquisiciones de orden político y aún histórico, podemos llamar Naciones.

¿Y qué es una Nación? ¿Qué es aquello que transforma un grupo de hombres, un clan, una tribu, una horda, en Nación?

La esencia de una cosa es aquello por lo que esa cosa es lo otro; esto y no lo otro.

Podría decirse que en el hombre su esencia es la **hombreidad**, aquello que lo constituye hombre y que lo define como animal racional, como ser viviente dotado de razón y de voluntad libre.

¿Qué es aquello por lo que una Nación lo es y no es un clan, una tribu o una horda? Y más afinadamente: ¿qué es aquello que hace que esta Nación sea ésta, precisamente ésta, y no otra cualquiera? ¿qué nombre podría darse a aquello por lo que una Nación lo es? ¿La Nacionalidad? Así como en el hombre la esencia, ese principio del que parten todas las operaciones propias del ser Humano admite ser llamado hombreidad, ¿podría llamarse nacionalidad lo que hace a una Nación, Nación?

Y de aceptarse esta propuesta, ¿cómo se define la nacionalidad? Parecería que de esta manera: La nacionalidad es el reconocimiento por parte de un grupo de generaciones, a lo largo del tiempo, de la obligación que les cabe de constituir "una unidad de destino en lo universal".

Conjunto de generaciones unidas en el tiempo (y en general en un mismo espacio), género próximo, con la obligación de cumplir en el tiempo un destino común: diferencia específica.

Si esto es así, lo que hace a una Nación y la distingue entre todas es la unidad de destino que le es propia, la misión que alguien que es superior a ella le ha encargado cumplir, acá en la tierra, y también el modo de cumplirla.

Lo que hace que un grupo de personas ya muertas, vivas en este momento y por venir en un futuro próximo o remoto, que habitan en un suelo al que reconocen como propio, que se saben unidos por lazos, más o menos estrechos, de sangre, que se expresan en una lengua común, que profesan una misma fe y que veneran y respetan unas mismas tradiciones, usos y costumbres; lo que hace Nación a ese grupo de hombres perdurable en el tiempo, es la conciencia de una misión que les es necesario llevar a cabo, y la decisión de hacerlo. Y de hacerlo de un modo peculiar, determinado y determinante a la vez de todos esos elementos y rasgos: suelo y cielo y mares, sangre, idioma, fe y costumbres, que sólo ese grupo posee, ama y defiende.

Ese modo es el estilo según el cual la Nación acata y realiza la misión que Dios le ha señalado y que los hombres esperan de ella. Misión, estilo, destino. Todo eso hace a una Nación. Todo eso conforma una Nacionalidad, una esencia.

Y todo eso, en España se llama Hispanidad, que sin embargo es algo más que eso. Algo que no es un mero conjunto de pueblos que a voluntad pueden disgregarse y -por capricho- recomponerse; de cuya unidad se puede renegar. Sino aquello que da cohesión al grupo de españoles ya muertos o vivos o por nacer, y de allende o aquende los mares, que les marca la misión a cumplir mientras el mundo sea mundo y mientras España sea España, hasta la muerte, contra todo y contra todos, pero también por todos; aquello que les impone el estilo con que han de hacerlo.

La Hispanidad, puede decirse también, es el espíritu que ese grupo de hombres recibe y transmite a lo largo de los siglos, por el que se mantiene viva la nacionalidad, la esencia de España. Ese espíritu que hacía exclamar, arrobado, a San Isidoro: "Oh, España, tú eres la más bella de las tierras".

¿Desde cuándo es España, Nación? De un modo incierto, vago, balbuceante, desde que a "la piel de toro", a Hispania, comienzan a llegar, a establecerse, a luchar entre sí y luego a fundirse en fecunda mezcla de razas y costumbres los íberos, los celtas, los tartesios, los fenicios, los griegos y los cartagineses. Y también desde el momento en que, llevada por Pablo y por Santiago, la fe verdadera de un Dios verdadero, muerto por los hombres, llega a sus costas y se enciende en las almas y en los corazones de sus habitantes.

España comienza a ser Nación en el momento -afirma Juan Carlos Goyeneche- en que las legiones romanas acampan en su suelo; y cuando poco después, con Osio y San Dámaso de España, grandes hombres de la Iglesia, y con Adriano y con Séneca regala a Roma Emperadores y filósofos.

Desde entonces, reconocidos y aceptados su misión y su destino universales, empieza España a salir de sí y a escribir y a hacer Historia -que es hacerse a sí misma- para bien de las naciones y los hombres de todo el mundo.

Pues desde entonces España ha sabido que su vocación y su misión, a lo largo de la historia universal -que llena y planifica con su historia- consiste en afinar, defender y expandir esa fe recibida en sus albores, confirmada en el Siglo VI con Recaredo y con Isidoro, mantenida y propagada por Pelayos y San Fernando, por esa pléyade de reyes y de santos Ignacios y Teresas y de sabios y de guerreros y marinos que llevaron y plantaron la cruz de Cristo en toda la extensión de un Imperio "donde no se ponía el sol".

Así arriba España a estas playas nuestras, con la clara conciencia de que

el testamento de una reina católica ilumina y guía, de hacer de las tierras incógnitas que la providencia le ha reservado no otra cosa que un semillero de futuras naciones -católicas-, que al independizarse habrían de poner gran cuidado "en hacerlo de su Rey, pero no de su Dios".

Y eso lo hizo España de un modo peculiarmente suyo. Con unos modos y con un estimo inconfundibles e inimitables. Con los modos y las maneras de un caballero cristiano. Con la manera de ser -dice Garci Morente- de un paladín, de alguien que opone grandeza a mezquindad, arrojo a timidez, altivez a servilismo, pálpito a cálculo; de alguien que hace un culto del honor, que es fiel a su ideal tanto en la vida privada como en la pública, que es religioso sin alardes, y que, por fin, por impacencias de eternidad, es capaz de mirar cara a cara a la muerte para desafiarla en cada oportunidad en que ésta se le enfrenta.

Este es el estilo de España. Eso es la Hispanidad.

Y porque su misión es la defensa de la fe y porque su modo de defenderla es el descrito, por eso España concita odios y resentimientos, por eso las leyendas negras, por eso la estulta -y maligna- acusación de genocidio. En cambio, lo que vino España a traer a estos pueblos y a estos hombres de América, a los que ha introducido en la Historia cuando con ellos se amalgamó, ha sido vida, y vida sobreabundante.

Vida sobrenatural; nuestras Misiones lo atestiguan. Vida cultural; ejemplo de ello son las cuatro Universidades fundadas en América a menos de un siglo de su descubrimiento. Vida social; ahí están los Cabildos y Municipios, ejemplo de instituciones políticas justas y sabias.

Alta vida, digna vida la que España aportó a nuestra futuras patrias. Vida que no puede justipreciarse con la estrecha, actual noción de "calidad de vida", sino con el metro limpio y noble que mide la disposición de jugarse la vida cada vez que así lo impone el cumplimiento de una misión y de un destino.

Esto es España. Y esta es la Historia de España, en la que en un momento providencial, las blancas velas de tres carabelas descubridoras son como el anuncio gozoso de que nuevas tierras se ofrecen al ansia evangelizadora y civilizadora de la vieja España.

Cinco siglos han transcurrido desde ese momento. Cinco siglos que son nuestra historia, la de los españoles de este lado del mar océano. Cinco siglos de fe y de esperanza y de caridad, que nos han marcado para siempre, que nos han destinado, contra viento y marea, contra odios y resentimientos, a continuar, nosotros americanos, la sacrificada pero gloriosa misión y el indisputable destino de la católica España.